

PACO GIRALDO SÁNCHEZ

IMPOSIBLE

UNIVERSO
LETRAS 

Capítulo 1

Surgió de entre la niebla. Mucho tiempo después, Antonio seguiría reteniendo aquella imagen brevísima, semejante a una estrella fugaz rasgando la oscuridad de la noche: la entrada del colegio electoral abriéndose y, durante un par de segundos, la silueta de Laura recortada a contraluz bajo el dintel de la puerta del comedor escolar en donde se hallaba instalada la mesa de votación. Y, a espaldas de la joven, la mañana mortecina tamizada por la bruma.

—Buenos días —saludó la joven.

Un haz de miradas convergió hacia ella. Todos los presentes, vecinos y viejos conocidos del pequeño pueblo, se sorprendieron al ver a una forastera. Un leve asombro interrumpido por Don Pablo, presidente de la única mesa del colegio electoral, que devolvió el saludo:

—Buenos días, ¿usted es...?

—Mi nombre es Laura y soy interventora.

—Disculpe, ya no esperábamos a nadie más. Estábamos a punto de constituir la mesa.

—Disculpen ustedes por el retraso, la niebla estaba muy espesa y desde que salí de la autopista he debido conducir con lentitud. Aquí tienen mis credenciales.

Don Pablo tomó el papel y se lo pasó a la secretaria de la mesa.

—Perfecto, podemos seguir. Pero antes, si no les importa, debemos hacer las presentaciones —manifestó Don Pablo, con su manera característica de hablar, un tanto solemne, fruto de la deformación profesional de la época en que ejerció como director de la escuela del pueblo y que le causó tantas burlas entre sus paisanos. Afectación en sus palabras que solía conjugar, también, con su vestimenta atildada, siempre de riguroso traje preferentemente de color azul oscuro.

Laura estrechó las manos de los presentes mientras les obsequiaba con una sonrisa discreta. El último en saludar fue a un joven, llamado Antonio, a quien la chica dedicó una mirada un tanto esquiva. Las manos ásperas del hombre, propias de quien se gana la vida con las faenas del campo, provocaron en Laura un involuntario estremecimiento.

Faltaban solo cinco minutos para abrir las puertas del colegio y la mujer se quitó el abrigo azul que colocó en el respaldo de una de las sillas pues no había ningún perchero en aquella sala de votaciones. Al desprenderse de la prenda ancha todos se fijaron en ella, una joven que marcaba unas elegantes curvas, pronunciadas todavía más por unos vaqueros ceñidos. Una blusa color gris de media manga, apenas abierta con un discreto escote sobre el erguido busto, subrayaban la belleza y lozanía de la chica. Todos fueron tomando asiento. La joven lo hizo al lado de Antonio, al que apenas se atrevía a mirar de reojo, centrando toda su atención en las siglas que, sobre fondo rojo, exhibía la credencial que pendía de su cuello. Con las miradas esquivas se acentuaron otras sensaciones: así, Laura solo percibía el aroma, inequívocamente masculino, de la loción de afeitar de Antonio, mientras que este, de forma recíproca, se dejaba embriagar por el suave y floral perfume que la muchacha exhalaba.

A las nueve en punto abrió el colegio electoral. Para sorpresa de Laura la primera persona en aparecer para depositar su voto fue una mujer anciana, encorvada, con un aspecto de fragilidad que conmovía. Y aunque caminaba con evidente dificultad, ayudada por un bastón,

su actitud animosa y decidida despertó un corriente de simpatía entre los presentes. Según le informó don Pablo a Laura, la mujer tenía noventa y nueve años y era la persona más anciana de toda la localidad.

—Ya estoy aquí otra vez, ¡la «inaugural»!, y espero que dentro de cuatro años vuelva a ser la primera en cumplir con mis compromisos. ¡Viva la democracia! —declaró la anciana con tono jocoso, provocando una abierta sonrisa entre los que la escuchaban.

El presidente de la mesa leyó, en alto, el nombre de la electora, tal como figuraba en su carné de identidad, y procedió, a continuación, a solicitar los dos sobres para introducirlos en las correspondientes urnas al Congreso de los Diputados y al Senado.

—¡Ay, no! No, don Pablo, los sobres los meto yo. —El Presidente se encogió de hombros al constatar las ganas de votar de la mujer y la animó, con un gesto, a incorporar las papeletas en cada una de las urnas.

Cuando se disponía a salir del colegio, la anciana, sin pararse, pero con disimulo, dedicó un guiño de ojos a Antonio, guiño que no pasó desapercibido para Laura.

Durante una hora que les pareció eterna, Laura y Antonio no cruzaron palabra alguna. El tiempo transcurría despacio, como si las manecillas del reloj de la pared no tuviesen prisa por llegar a su destino. Antonio combatía el tedio mirando de soslayo a su compañera de mesa, temeroso que fuera a sorprenderlo observándola y eso le causara incomodidad. Pero, ¿cómo no contemplarla? ¡Era tan hermosa! Todo en ella era admirable: ya fueran sus cabellos de tonalidad castaño claro, servidos en media melena, sus ojos violetas, las simétricas y agradables facciones de su rostro, el cutis sano y fresco, los labios pintados con carmín rojo cereza, los pechos generosos, así como la proporción de su esbelta figura. Y como si no emanara suficiente sensualidad, dos lunares la embellecían: uno junto a la comisura de los labios y otro, apenas visible, en el nacimiento de uno de sus senos. El hombre la había estado escrutando a hurtadillas, como si necesitase convencerse de que era cierto lo que estaba viendo: aquella belleza juvenil, fresca, lozana, y la cartulina de color verde que pendía de su cuello, rotulada con el

anagrama de un flamante partido de ultraderecha, para él, infame. «Es una facha», se repitió Antonio para sí mismo varias veces a lo largo de la mañana, y aquella evidencia le indujo a pensamientos melancólicos. Al interventor le repelía lo errado de la ideología política que emanaban de aquellas siglas que a él se le antojaban, lisa y llanamente, fascistas, pero, aún más, que fuese una mujer joven quienes las exhibiese. ¿Acaso no era aquel el partido político que negaba la violencia de género contra las mujeres? La interventora tenía modales y parecía inteligente, ¿cómo podía defender aquellos postulados? Antonio no podía comprenderlo, como no podía entender el auge de un partido al que catalogaba de neo franquista. ¿Acaso Extremadura, su tierra, no había sufrido, como ninguna otra, bajo la dictadura? El bisabuelo de Antonio había sido uno de los cinco mil republicanos asesinados por las tropas de Yagüe en la plaza de toros de Badajoz durante la guerra civil. Que la chica fuese, además, guapa, y que le resultara extremadamente atractiva lo hacía todo aún más hiriente y paradójico. Por un extraño motivo, Antonio quería creer, como si de una alienación de planetas se tratase, que la corrección política y ética caminaban juntas por un mismo sendero de perfección y que poseían una proporción aurea que aquella joven había aniquilado con su mera presencia y su turbadora belleza.

El goteo de electores iba sucediéndose con parsimonia. Cada nombre cantado por el presidente era tachado por cada uno de los miembros de la mesa y por los interventores, de sus respectivas listas censales. Como lluvia fina, gota a gota, dentro de las urnas iban depositándose los votos.

Mientras, Laura se adaptaba a ese ritmo pausado, limitándose a ligeras anotaciones en sus listas censales. La cadencia lenta, parsimoniosa, de las votaciones le concedía tiempo para prestar atención a otras circunstancias. Así, se centró, con timidez y marcado mutismo, en admirar las grandes y varoniles manos de su compañero. Cuando el silencio se le hizo insoportable, la chica se dirigió al hombre recurriendo a una conversación banal a propósito del tiempo:

—La niebla ya se disipó. Espero que al final podamos tener una jornada soleada.

—Eso espero también yo. Si hace mal tiempo, la gente se queda en casa y no sale a votar.

La breve alusión meteorológica dio pie a una charla sujeta a ciertos celos, pero que permitió que Antonio se atreviera a preguntarle a Laura por su procedencia. La chica le informó que era gallega, aunque vivía en Salamanca en cuya universidad se había licenciado en Medicina. También le contó la razón de su presencia en aquellos momentos en Extremadura. El partido que representaba había irrumpido hacía pocos meses en el acontecer político del país y su estructura territorial era todavía débil, lo que les obligaba a desplazar interventores y apoderados de unas provincias a otras para supervisar el desarrollo de la convocatoria electoral en todo el territorio nacional. Antonio escuchó con atención a la joven y se limitó a contestar con un par de observaciones en tono amable. Tras aquellas someras explicaciones, la chica salió al exterior del colegio para fumar.

Mientras Laura apuraba su cigarrillo, una decena de personas se habían aproximado a la sede electoral con el propósito de emitir su voto. Entre estas personas destacaba un grupo de cinco jóvenes en cuyas caras era bien fácil adivinar que la noche había sido larga y algo más que entretenida. Se movían un poco a trompicones, hablaban alto, eufóricos, y, entre grandes carcajadas, coreaban canciones del concierto de *Rock and roll* al que habían asistido horas antes. Una vez junto a la puerta miraron a la joven con extrañeza, pues no la habían visto nunca antes; evidentemente, no era del pueblo. Ella les devolvió la mirada con semblante sonriente al verlos tan felices y dicharacheros, pero lo que más le gustó fue que a uno de ellos le escuchó decir:

—Tíos, no os vayáis a confundir, tenemos que votar los cinco a la extrema derecha, ese partido nuevo que va a arreglar España.

Pasaron al interior del colegio armando un pequeño barullo que don Pablo toleró ya que todos habían sido alumnos suyos.

Tras consumir su cigarrillo, Laura se sentó, de nuevo, al lado de Antonio, quien la recibió con una cálida sonrisa y una mirada amigable que terminaron por romper el hielo entre ellos. Por primera en aquellas horas que estaban compartiendo, la mujer sostuvo la mirada, encantadora y limpia, tras unos ojos negros que transmitían innegable paz, y se olvidó de la credencial que lo situaba en una posición política antagónica.

—Bueno, ahora me toca a mí fumar —se disculpó Antonio.

—Claro, hombre, vete tranquilo a fumar. Si hay cualquier cosa, te aviso.

La puerta del colegio electoral permanecía abierta, lo que permitía a Laura contemplar como los electores que iban llegando se paraban a conversar con Antonio, que fumaba su pitillo con displicencia. La doctora comprobó como el joven empatizaba con todo el mundo, incluso con aquellos cinco chicos alegres que no habrían votado a su partido, deduciendo que era una persona querida en el pueblo. Una vez apurado su cigarrillo, Antonio regresó al colegio y siguió charlando con Laura de temas intrascendentes, con el objetivo de mitigar el tedio de la espera. La jornada transcurría lenta, el pueblo era pequeño y había largas pausas entre un votante y otro.

Pasado el mediodía, la concurrencia de electores se hizo más intensa.

—Parece que los vecinos se animan —constató Laura.

—Sí, eso parece. Acaban de salir de misa —le informó Antonio.
—Votos son para vosotros.

—¿Y por qué sabes que esos votantes que salen de misa votaran a mi partido?

—Laura, aquí nos conocemos todos... —contestó Antonio, encojiéndose de hombros.

—O sea, que me estás diciendo que tú ya sabes, prácticamente, cuáles van a ser los resultados —preguntó, de nuevo, Laura.

—Pues sí, más o menos, sí; va a ganar mi partido, eso seguro, pero el tuyo va a subir mucho; aquí, antes, apenas se le votaba, otros partidos de derecha se llevaban esos votos, pero ahora parece que estáis de moda

y todos imaginamos que vais a tener una representación que antes estabais bien lejos de obtener, en detrimento de otros partidos de derecha. Eso sí, te digo esto sin ánimo de ofenderte.

La joven doctora encajó el vaticinio del interventor. Suponía que Antonio, que conocía bien a sus vecinos, hablaba con fundamento.

—¿Sabes por qué en este pueblo no hay monumento alguno al soldado desconocido? No lo encontrarás, eso te lo aseguro. —La pregunta sorprendió a Laura, que negó con la cabeza. —Pues porque en este pueblo nos conocemos todos —añadió, el joven, riéndose ante su propia ocurrencia. —Así que, más o menos, sabemos lo que votamos unos y lo que votamos otros. Puede haber alguna sorpresa a última hora, no te digo que no, pero poco cosa, seguro. —Laura sonrió ante la sentencia de Antonio, y al hombre le pareció que la doctora tenía una sonrisa encantadora.

Al hilo del desfile de electores, Antonio fue informando a su compañera de mesa sobre la idiosincrasia del pueblo y de cada uno de sus habitantes. Así, por ejemplo, la presencia de unos cuantos votantes vestidos de cazadores le dio pie para informar a su interlocutora sobre el arraigo de la afición cinegética en aquellas tierras.

A las dos y media de la tarde se presentó una mujer de mediana edad, baja de estatura, con el pelo teñido de rojo, unos grandes ojos saltones y una voz cavernosa. Se llamaba Luisa, era la compañera de partido de Antonio y venía a darle el relevo para que él pudiera ausentarse para comer. Laura encajó aquella inesperada permuta con cierto malestar. Las cinco horas largas que llevaba compartiendo charla con Antonio habían afianzado una suerte de empatía entre ambos, y ahora le contrariaba tener que agotar lo que quedaba de jornada en compañía de una desconocida.

—Bueno, Laura, yo me voy a comer. Nos vemos por la tarde que vendré de nuevo, casi seguro. Claro que, si tú quieres... —Antonio vaciló antes de continuar, como si fuera a decir algo inapropiado —estás invitada. Luisa se encarga de todo. Y no temas, que no hará

trampas. Los rojos, como vosotros nos llamáis, no somos dados a hacerlas.

Aunque estaba claro que las últimas palabras del hombre estaban dichas con ironía, Laura se tomó la invitación como un desafío. Mientras, Luisa miraba a su compañero de partido con una expresión de estupor desmesurada, lo que hacía marcar más, si eso era posible, sus prominentes ojos saltones.

—Antonio, por favor, ¿puedo comentarte una cosa en privado? —le preguntó Luisa.

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Pero tú sabes lo que me estas pidiendo? —arremetió Luisa, frunciendo el ceño, apenas estuvieron fuera del colegio electoral. —¿Quieres que cubra a una facha? ¡De ninguna manera! No, Antonio, por ahí no paso. Y piénsatelo bien cuando te vea la gente paseando con esta muchacha, con esa credencial asquerosa en su cuello, ¡qué van a pensar de nosotros!

—¡Que piensen lo que les venga en gana! —exclamó Antonio. —Las relaciones humanas han de estar por encima de las diferencias políticas.

—Sí, tú lo que quieres es ligártela —le reprochó Luisa. El chico pasó por alto la impertinencia de su compañera, algo que no le hubiera consentido a otros. Pero a Luisa le podía permitir cualquier cosa. Esa mujer, partera del pueblo, había ayudado a su madre, veinticinco años atrás, a traerlo al mundo.

—Que no Luisa, que no es esa la cuestión, es... ¡yo que sé...! —¿Cómo explicar a su compañera de partido lo que ni él mismo sabía dilucidar, la satisfacción que Laura le había transmitido en aquellas pocas horas que llevaban juntos? ¿Cómo revelarles a su camarada que él sucumbía ante un pensamiento mágico que le subyugaba, que Laura no había aparecido en vano, que estaba allí con un propósito, quizás para darle una lección de humildad, hacerle bajar del pedestal del sentimiento de superioridad moral y sectarismo al que su militancia política le había aupado? Y aunque era precipitado pensar de aquella

manera acerca de una persona que no conocía de nada, el carácter imaginativo de Antonio le hacía propenso a esas ensoñaciones—. Los demás interventores nos relevamos, ella está sola por su partido y me da no sé qué.

—Pues que hubieran puesto alguno del pueblo, será por fachas aquí...

—Tú sabes que, a mí, a antifascista no me gana nadie. La invitación es una mera cuestión de cortesía, nada más. Además —añadió, sonriendo, —¿acaso me ves a mí con una facha? Eso es imposible —dijo aquellas últimas palabras con sinceridad. Sí, la chica le gustaba, pero solo había una atracción física, nada como para verse con ella, con una «facha», con una persona que defendía todo aquello que él detestaba en el mundo. No es que fuera algo improbable, es que se trataba de algo imposible.

—Bueno, está bien, acepto, pero que sepas que de mala gana —concedió Luisa.

Los dos interventores volvieron al interior del colegio y Laura intuyó que habían estado hablando de ella, de la conveniencia o no de que pudiera ir con Antonio a comer.

—Antonio, si es un inconveniente, por mí no importa... —se excusó la muchacha.

—Que no lo es. Anda, ¡vámonos a comer! —atajó Antonio, mientras la tomaba del brazo.

El ímpetu y la decisión del hombre fue tal que a Laura apenas le dio tiempo a coger su abrigo y su bolso, y a depositar su credencial sobre la mesa. Todos los presentes contemplaron la escena con sorpresa. Una vez se ausentaron, Luisa agarró la credencial de la doctora y la arrojó al suelo, con repugnancia, con un asco militante.

—¿Qué te parece tomar primero un vinito? —preguntó Antonio, nada más salir a la calle.

—Como tú veas.

—Bueno, pues sí, tomaremos un vino. Espera, llamaré a casa para decir que no iré a comer, te invito a un restaurante fuera del pueblo;

está solo a quince minutos. —El joven sacó de un bolsillo de su cazadora el teléfono móvil y le comunicó a su madre, de forma escueta, que no le esperaran.

—Vamos al bar de la plaza a tomar ese vino, así conoces algo más de mi pueblo; tengo allí el coche aparcado.

Fue en el paseo hasta la plaza cuando la doctora advirtió la gran altura y delgadez de su acompañante. Le sacaba casi dos palmos, pese a que ella no era una mujer de poca estatura. Se fijó con detalle en su vestimenta y aspecto. Vestía ropa deportiva que llevaba con un estudiado descuido: unos pantalones vaqueros Levi's y una camisa blanca por fuera del pantalón, zapatos de cordones, impolutos, y una chupa de cuero. Le pareció un muchacho apuesto, tanto que, incluso, no le disgustaron las entradas pronunciadas de su cabello, disimuladas por un corte al cero.

Según caminaban hacia el bar de la plaza, los vecinos saludaban a Antonio. Algunos ya habían votado y por eso sabían que la joven era la interventora de aquel partido de moda de la extrema derecha, por lo que hacían sus cábalas sobre cómo era posible que los interventores marcharan juntos. Antonio lo advirtió, pero no le concedió la menor importancia. Al llegar a la plaza, se acercaron al coche del joven, un todoterreno negro de alta gama, tan impoluto como los zapatos de su dueño.

Al entrar en el bar, la muchacha dirigió una mirada de sorpresa, que no disimulaba un mohín de repugnancia, a la cabeza de toro disecada que se exhibía en una de las paredes de la tasca. El gesto no pasó desapercibido a su compañero. En el local, en animada francachela, estaban los cinco jóvenes que habían acudido a votar a primera hora de la mañana. A la mujer le bastó un vistazo para comprobar que los chicos continuaban su fiesta particular con un descontrolado consumo de bebidas alcohólicas, lo que testificaba el rosario de botellines de cerveza que se acumulaban en el espacio de barra que aquellos ocupaban. Laura preguntó a Antonio dónde estaba la *toilette*; el término francés hizo sonreír a Antonio. «¡Qué fina! Se nota que es de clase

pija», se dijo, para sí, el hombre. Como su compañero no le respondía, Laura volvió a insistir: «¿El tocador?». Y aunque el interventor se moría por responder «Yo mismo», se reprimió, esculpiéndose en sus labios una sonrisa pícaro. «Al fondo, a la derecha», contestó, por fin.

Así que Antonio se quedó solo, los jóvenes aprovecharon para acercarse a él.

—¿Chacho, de dónde ha salido la piba esta? —abrió fuego uno de ellos.

—Tío, que esta no es de las tuyas, esta más parece de las nuestras —se le encaró al interventor otro de los chicos.

—Antonio, mira que está buena, la jodía —le soltó un tercero.

—Colega, si quieres unos condones para tirártela, solo tienes que decirlo; yo tengo aquí... total, anoche no me comí un rosco —vomitó el cuarto. Al miembro restante del quinteto la borrachera le impedía articular palabra, y permaneció sentado en su taburete, dando bandazos de un lado a otro con la cabeza.

Antonio no respondió de inmediato a las impertinencias de los jóvenes, se limitó a beber la copa de vino que le acababan de servir. Por un lado, le halagaba el haber despertado la envidia de la chavalería local. Por otro lado, le pesaba todavía más una emoción opuesta. Lo cierto es que, pese al aprecio que sentía por ellos, por conocerlos desde niños, desde algún recoveco de su alma los detestaba, no por nada personal, por ser ellos casi una emanación atávica de su tierra, de la que, por otra parte, no podía estar más enamorado. Aquellas actitudes suponían una de las razones por las que, en ocasiones, Antonio fantaseaba con marcharse del pueblo, lejos, muy lejos, donde nadie le conociera. El pueblo: siempre las mismas caras, los mismos vecinos a perpetuidad, hastiados de su mutuo conocimiento. La confianza que da asco, todos todo el día con las narices metidas a ver qué hace el vecino. Pueblo chico, infierno grande. Antonio era consciente que su paseo con la interventora sería lo comedilla de sus vecinos, un suceso pasto de chismorreos, durante semanas. No, mejor no responderles, pensó Antonio, no valía la pena lo que dijeran unas cabezas huecas; mejor

contestarles con una amabilidad desdeñosa que no supieran interpretar. El hombre pidió al camarero que les sirviera otra ronda de cerveza, invitación que los jóvenes agradecieron, pero no tanto el camarero, al que tenían ya muy cansado con sus risotadas y tontunas. Los chicos, nada más vieron que la joven regresaba del servicio, se mudaron otra vez a su rincón. Durante el tiempo que la pareja permaneció en el bar, la clientela no les quitó ojo de encima. Apuraron sus vinos y abandonaron el local para dirigirse al restaurante donde comerían. A través de las grandes cristaleras que disponía el establecimiento, los cinco jóvenes, cerveza en mano, persiguieron con la mirada a los dos intervinientes, hasta que ambos subieron al todoterreno de Antonio.

—¡Qué clase tiene este Antoñito! Si no fuera porque es bastante rojillo, sería un tío perfecto —dictaminó uno de los jóvenes.

Minutos después, Antonio trató de aparcar su coche junto al restaurante elegido. El *parking* estaba lleno de vehículos, la mayor parte de ellos, también todoterrenos, lo que delataba la afluencia de clientes cazadores llegados de alguna montería. Antonio se vio obligado a aparcar un poco más retirado de lo que era su intención y, justo cuando bajaron del coche, comenzó a llover. El hombre no disponía de paraguas por lo que cogió, del maletero de su coche, un trescuartos de ante, no tanto para protegerse como para proteger a Laura de las copiosas gotas de lluvia que estaban cayendo. Con gesto caballeroso la arrojó con su chaqueta, y los dos, al amparo del trescuartos, emprendieron los escasos cien metros que les separaban del restaurante. Mientras caminaban, y para guarnecerse de la lluvia, que arreciaba en aquellos momentos, Laura hubo de aproximarse mucho al joven. Tanto la proximidad como la fragancia seductora que desprendía su compañero provocaron, en ella, un temblor casi imperceptible.

Nada más entrar al restaurante, el propietario del local recibió al hombre con jovialidad:

—Antoñito, mira como tenemos esto hoy, han llegado de una montería y vais a tener que esperar un poquito. Tomad un vino, que

invita la casa. Creo que, en un rato, los de la mesa siete se van, están ya en los postres.

—Perfecto Alfonso, tomaremos ese vinito. Yo hoy también hubiera ido de montería, pero mi deber de buen militante me obligaba a estar en el colegio electoral.

—Tú siempre respondiendo por tu partido, mocito. Cuando te decidas a presentarte para la alcaldía, la ganarás sin problema.

Laura escuchó en silencio y con actitud discreta aquella pequeña charla, casi sin atreverse a franquear el umbral de la puerta.

Una vez estuvo la pareja acomodada en la barra, Laura repasó con su mirada a la clientela que atiborraba las mesas, obteniendo de aquel examen una rápida conclusión: el restaurante era un local dirigido a gente más o menos acomodada. La muchacha contó no menos de siete camareros atendiendo las mesas y otros tres dentro de la barra. La mayoría de los clientes iban vestidos de verde, con chalecos polares y cuero sin mangas encima de otros chalecos de lana, también verdes, y camisas de cuadros.

No habían terminado de tomar el aperitivo cuando Alfonso, el propietario, les indicó que la mesa ya estaba lista.

Tomaron asiento y enseguida les atendió una camarera que saludó a Antonio por su nombre y que les entregó dos cartas con el menú.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Laura.

—Pues mira, si te parece, pedimos unos entrantes. Aquí los ibéricos son muy buenos; los quesos, lo mismo, y con la torta del Casar, ya te mueres. De segundo, yo te recomendaría perdiz de tiro, pero si prefieres otra cosa, tú dirás.

—No, no. Si tú lo dices, seguro que estará bueno— dijo Laura, complacida.

—Pues al lio —apostilló el joven.

Se habían sentado en la mesa, uno frente al otro, con lo cual no tendrían más remedio que mirarse, aunque solo fuera de vez en cuando, a los ojos.

Justo a su lado había otra mesa que ocupaban seis monteros llegados sabe Dios de dónde, que ya habían descorchado varias botellas de vino de un caldo muy reconocido y valorado, tanto en Extremadura como en el resto de España. Levantaban la voz con descortesía, cosa que incomodaba sobremanera a Antonio, quien había invitado a Laura a aquel restaurante con la pretensión de impresionarla. Para mayor desazón del interventor, uno de los comensales se levantó y declaró sin miramiento alguno:

—Yo ya he votado por correo, hoy será un día histórico para todos los cazadores, echaremos a la puta calle a este gobierno que quiere quitarnos la caza y los toros.

Laura se ruborizó, la alusión indirecta a su partido por parte de aquel impresentable era más que clara. El maleducado era de los suyos, bueno, de los de su cuerda. Laura no deseaba que Antonio confundiera la zafiedad de aquel impresentable con los motivos que a ella le habían conducido a comprometerse políticamente con su partido. Era tal el rubor de la joven que Antonio se percató de inmediato de la situación:

—No te preocupes, Laura, este pobre hombre no es más que un desastrado analfabeto lleno de dinero, que no sabe ni lo que dice. Es más, yo discrepo en algunos aspectos del programa de mi partido. Personalmente, yo si estoy por la defensa de la caza y también con los toros. —Aquellas palabras sorprendieron a Laura que tenía una imagen tópica de los militantes de izquierda como individuos que obedecían ciegamente las consignas que les suministraba las direcciones de sus formaciones políticas. Que Antonio fuera capaz de tener criterio propio lo volvía más atractivo, si cabe, ante sus ojos. En ese momento ella también pensó que no había conocido al chico por casualidad, sino que este había irrumpido en su vida para enseñarle algo, para demoler algunos de sus prejuicios. —Y, además —prosiguió el joven—, la caza forma parte de mi vida.

Laura no simpatizaba con las actividades cinegéticas ni taurinas, que herían su sensibilidad de forma violenta, pero le complació ad-

vertir las ganas de agradar, el tacto y la caballerosidad de su acompañante. Agradeció que Antonio no la metiera en el mismo saco que a su vecino de mesa, aquel desagradable borracho que tenían al lado. Afortunadamente, aquella situación duró poco más, pues los seis monteros se levantaron y abandonaron el local, entre voces destempladas y algún que otro trompición.

Una vez que se encontraron más solos y tranquilos, y que la camarera les trajo los entrantes y una botella de vino de nombre evocador: «Habla del silencio», se tendió entre ellos, precisamente, un delicado y extraño silencio. «Parece que ha pasado un ángel», pensó ella. «Ella facha y no es pro-caza ni taurina, yo de izquierdas, y si lo soy. Parece que ambos desmentimos los tópicos», pensó él. El silencio se adensó entre los dos, apenas interrumpido por el tintineo de las copas y el martilleo benigno de los cubiertos. Les apetecía preguntarse cosas, pero ni el uno, ni la otra sabían cómo empezar, acrecentando aquel silencio que empezaba a asemejarse al mayor de los estruendos. Las miradas se demoraron durante largo rato, pero ninguno se decidía a romper el hielo. Fue ella quien, tras un trago del delicioso caldo, se decidió a hablar:

—Este vino está bueno, y me gusta su nombre.

—Sí que lo está; es de aquí, de Extremadura.

—¿Y por qué le habrán puesto este nombre tan curioso?

—No lo sé, tal vez porque, una vez tomadas unas copas, su efecto suavemente embriagador invite al silencio a ser el que hable. —Aquello parecía una evocación lírica, *a priori* impropia de un hombre que tenía las manos encallecidas por el duro faenar en el campo. «¡Vaya! Va a resultar que tiene alma de poeta», se dijo Laura para sí misma, ocultando su sonrisa tras un sorbo de vino.

—Pues ¡hala! al lio, como tú dices. Vamos a llenar otra copa. —Laura soltó una carcajada que contagió a Antonio. Ya habían tomado varios vinos como aperitivo y ahora llenaban la segunda copa en la mesa; comenzaba a estar ligeramente achispada.

—Antonio ¿qué haces?, ¿a qué te dedicas? —le preguntó, sin más titubeos.

—Soy ganadero. Poseo una finca y comparto una explotación porcina de ibéricos con mi hermana Pauli.

—Por como vistes y por el coche que conduces, se ve que esa explotación porcina te va, bueno, os va, a tu hermana y a ti, bastante bien.

—La verdad que no podemos quejarnos, no nos va mal; eso sí, nuestro trabajo nos cuesta. Ella es veterinaria y es la que se encarga de los aspectos sanitarios de los animales.

—¿Y el resto de trabajos de la explotación, los llevas tú solo?

—No, tenemos cinco empleados en la finca.

—Y yo que siempre había pensado que los ganaderos potentes, como tú, no eráis de izquierdas... Veo que estaba en un error —reflexionó Laura, un tanto atropellada. Al parecer aquel era el día en que caían muchos de sus estereotipos.

—Mira, Laura, yo no soy un potente ganadero, como dices; no soy ningún burgués, si es a esto a lo que te refieres —ella negó con la cabeza. —Pero te diré una cosa en la que creo: vincular mecánicamente las ideas políticas con la posición económica y social que cada uno pueda tener, es un error muy común. Considero que las ideas políticas son eso, ideas, ideales y convicciones, nada más —Antonio hubiera querido ahondar más en la cuestión, preguntarle a Laura si había visto la película «Los santos inocentes», si sabía cómo el caciquismo, durante la dictadura franquista, no solo había explotado de forma abyecta a los trabajadores, sino que se había dedicado a humillarlos sistemáticamente. La familia de Antonio venía de abajo; sus abuelos habían sido pobres de solemnidad, su padre permaneció analfabeto hasta que, en el servicio militar, le enseñaron sus primeras letras. Su progenitor fue un hombre que se hizo a sí mismo, trabajó como una bestia de sol a sol, era espabilado, ahorró renunciando a muchas cosas, todo con tal de lograr sus objetivos: poseer una finca, tener independencia económica y que nadie estuviera jamás en condiciones de poder humillarle. No hacía falta ser un muerto de hambre para militar en la izquierda, bastaba con

tener conciencia de clase trabajadora y memoria, bastaba con ser fiel a unos orígenes. Antonio hubiera querido explicarle detenidamente todas aquellas cosas a Laura, instruirla, por así decirlo, pero no quiso que el almuerzo naufragase en algo así como un mitin político.

—¿Pues sabes qué te digo? Que creo que tienes razón —ella, que compartía los prejuicios de la derecha acerca de los izquierdistas como unos peligrosos demagogos arribistas y arrebatacapas, no cejaba de sorprenderse con agrado ante aquella exhibición de sentido común con que se despachaba Antonio. Quizás el mito cainita de las dos Españas enfrentándose, violenta e incansablemente, fuese, a fin de cuentas y de cuentos, tan solo eso, un mito.

—Y tú, Laura, ¿qué haces, a qué te dedicas? Creo recordar que dijiste que eras médico.

—Terminé, el año pasado, la carrera de medicina, pero aún no he empezado a trabajar. Estoy interesada en un proyecto que se va a desarrollar aquí, en Extremadura. Si todo va como espero, pronto podré considerarme una ciudadana extremeña más. Pero para eso creo que aún faltan unos meses.

—Explícate con más claridad, por favor —le pidió Antonio, mirándola directamente a los ojos; el hielo de la diferencia política que existía entre ambos iba derritiéndose poco a poco, según avanzaba la velada.

—Como habrás podido comprobar por mi acento, soy gallega, concretamente de Carballo, aunque hace dos años que nos trasladamos a Salamanca a causa de los negocios de mi padre que abrió, con un socio y amigo personal, un despacho de abogados en la capital charra, y allí es donde residimos mis padres y yo.

—¿Y has venido desde Salamanca para ejercer de interventora? —preguntó Antonio, un tanto descolocado.

—Pues sí amigo. Para que veas. Parece una locura, pero para mí no lo es. Vine a este pueblo de interventora, cierto, pero realmente otra es la razón que me trajo. Permaneceré aquí unos días por cuestiones relacionadas con mi futuro trabajo. Quiero ir conociendo las costumbres

y la forma de vida que tenéis por aquí, acondicionarme un poco a este ambiente. En cuanto al motivo específico para ser interventora, prefiero callarme; es algo personal, algo que tenía que hacer, y que hice.

Antonio no quería mostrarse como un chismoso indiscreto y, a pesar de que le asaltaban mil preguntas, se limitó a hacer una última:

—¿Dices que pasarás en la comarca unos días? —Aquella información le había causado una alegría inesperada.

—Así es, estaré por aquí hasta el próximo domingo; tengo hotel reservado en Cáceres para toda esta semana.

Aquello llenó de satisfacción al joven, aunque no podía precisar muy bien el por qué. Más bien, acaso, podía intuirlo. De eso se dio cuenta Laura, al mirarle a los ojos. Tal vez porque esa sensación de sorprendente bienestar ante esos acontecimientos también la estaba sintiendo ella misma. La comida estaba llegando a su fin y la camarera les ofreció los postres. Los degustaron en silencio, cruzándose las miradas con cierto grado de complicidad. Antonio meditaba, intentando comprender el motivo último que había llevado a Laura hasta allí. Ella se había referido a una cuestión concerniente con su futuro, sí, ¿pero de qué se trataba? ¿Y por qué debía ser interventora, como había sentenciado? Nadie obliga a nadie a serlo. Pensar que aquella mujer tan agradable ocultaba algo, le desconcertaba, aunque también le causaba un ambiguo efecto, próximo a la excitación.

—¿Qué piensas? Te has quedado muy callado —intervino la chica.

—Nada, nada, disculpa; pensaba que debemos ir a relevar a Luisa —mintió el hombre.

—Pues sí, creo que sería conveniente irnos ya. La mujer nos hace el favor, lo suyo es no abusar más de su buena voluntad.

—Esa mujer es auténtica, te lo aseguro, lo estará haciendo con agrado y pulcritud. Bueno, agrado, agrado, tal vez no sea la palabra... —respondió, entre risas, contagiando a Laura.

Se levantaron de la mesa después de que Antonio pagara la comida y decidieron echar un cigarro en el porche de la entrada. Seguía lloviendo, ahora con más fuerza.